

Un lugar para la madre

En la portada, la foto de una mujer con los ojos pixelados. Ya casi al final del libro, esa misma foto sin pixelar. La mujer es la madre del autor, Margaret, que murió cuando él tenía quince años, a finales los setenta. La idea que Félix Fernández de Castro Krings quiere transmitir con este juego de imágenes es que, al final, tras la lectura, se puede conocer un poco a la protagonista, sacarla de ese limbo en el que ha habitado durante muchísimo tiempo. Que él mismo ha conocido algo de lo que desconocía, que ha podido contribuir a que su figura y su memoria no sigan perdidas, desdibujadas. Porque el hecho es que este publicista catalán que acaba de publicar su primer libro (*Mutti*, con consonni) sabía muy poco de su madre. Ella era, y en cierta medida aún lo es, un misterio; murió joven, murió mal, mucha de la gente que la conoció murió también hace mucho, vivió gran parte de su historia de des-

arraigo en desarraigo. “Yo lo que quería era dedicarle un lugar en el universo, que no fuera aspirada por éste”. Que es lo que ocurrió durante décadas.

Historias como la de Margaret Krings Rechholz habrá muchas, fue el signo de los tiempos. No hay épica, sino relato “personal y sincero”, pero el caso es que menuda vida debió de ser aquella. Nació en Alemania poco antes de la II Guerra Mundial, así que puede decirse que fue una hija de la guerra. En la posguerra (hay que imaginársela, no es el objetivo del autor contarla), siendo una cría la enviaron a vivir a Inglaterra con la hermana de su madre, a la que le iba muy bien; alrededor de aquella mansión podía verse a los prisioneros alemanes cumpliendo sus penas. Cuando era muy joven, en un intercambio de estudios en el norte de España, conoció al que, años después, sería su marido, un catalán. Hablaba varios idiomas, y de vuelta a casa en Alemania consiguió un traba-



El publicista Félix Fernández de Castro Krings publica *Mutti*, su primera novela

jo que le permitió tener un par de novios españoles (vividores).

Y se casó con un Fernández de Castro, el padre de Félix, y se mudó a Barcelona. Una semana antes de la boda, su propio padre se suicidó. El autor de *Mutti* descubría en el proceso de documentación que en la familia materna el suicidio no fue una cosa extraña. Su madre no se suicidó,

pero murió solo nueve meses después de su separación en un hospital. Las razones concretas no se saben, el hijo se ha tomado el libro como “una especie de conjetura de lo que pudo pasar. Ella murió muy deprisa, y a los quince años no tienes el instinto de preguntar nada. Mi madre se convirtió en el elefante en la habitación”. Hasta el pun-



to de que en el cuaderno sobre su propia historia que le legó su padre al morir, la relación de pareja, Margaret, ocupa solo doce páginas de un centenar. “Qué sentimiento le generaría a mi padre pensar o hablar de ella”, dice ahora Félix Fernández de Castro Krings.

Hablando con unos pocos familiares y amigos que aún estaban vivos durante la escritura del libro, el autor recompone la figura de la madre. Y como “no éramos de los que nos grabábamos en super 8”, acompaña el relato con las ilustraciones de Toni Ricart (Baxter). Una manera de “iluminar” la narración de una vida difícil con muchas zonas que siempre permanecerán a oscuras.

Elena Sierra